

ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

FORMACIÓN PERMANENTE

LA ESPIRITUALIDAD DEL CATEQUISTA AL HILO DE LA OBRA DE
S. AGUSTÍN, *LA CATEQUESIS A LOS PRINCIPIANTES*

Lección 7:

COMBATIR EL TEDIO DEL CATEQUISTA (2/2)

I. DIVERSAS CAUSAS DEL TEDIO Y SU MEDICINA

En nuestro último encuentro abordamos, con palabras del propio Agustín: **«cómo adquirir la alegría en la exposición»**¹ de la catequesis. Retomaba así san Agustín el principal objetivo de su libro: ayudar a que el catequista ejerza su ministerio con alegría, con una alegría no forzada ni fingida, sino con la alegría que nace del Espíritu Santo, de la caridad cristiana, porque la catequesis es una actividad espiritual que nace de la caridad cristiana, del amor que Dios infunde con el Espíritu Santo en el corazón de los fieles.

Por eso es necesario vencer una tentación que amenaza siempre al catequista: el tedio. Una tentación que viene a robarle la alegría en el ejercicio de su ministerio y con ello su eficacia. El tedio, la tristeza, la turbación interior puede tener diversas causas. **«Sea cual fuere la causa real de la turbación de nuestra tranquilidad [...], hemos de buscar el remedio para disminuir nuestra tensión interior y alegrarnos con fervor de espíritu y gozarnos en la tranquilidad de una buena obra, pues Dios ama al que da con alegría»**, dice el santo de Hipona.

La catequesis debe ser un ejercicio de la más alta caridad cristiana y por eso debe estar llena de esta alegría. Esa es, además una de las claves de su eficacia.

¹ JOSÉ OROZ RETA, *San Agustín. De Catechizandis Rudibus* (BAC 499; Madrid 1988) 472

Dijimos que san Agustín identifica seis posibles causas del tedio que amenaza al catequista. En un primer momento las identifica, las describe; y luego, en un segundo momento, intenta mostrar, una tras otra, cómo superarlas.

Aunque san Agustín hace gala de un sagaz conocimiento de la psicología humana, el punto de apoyo para superar los problemas observados no está en una técnica o una táctica meramente humana, sino en el amor de Dios.

Las diversas causas que inclinan nuestro espíritu hacia la tristeza, la turbación o el hastío cuando nos disponemos a la catequesis deben y pueden ser remontadas, dirigiendo nuestra alma al principio de la vida espiritual, de la vida cristiana: el amor de Dios, el amor que Dios nos ha manifestado y que ha derramado sobre nosotros con el Espíritu Santo. A partir de este punto fuerte, de esta roca firme en la que asentar el espíritu, el catequista puede afrontar el ejercicio de la catequesis con alegría, como una expresión del amor a Dios y al prójimo.

Esta es la verdadera clave para superar cada una de las posibles causas del tedio del catequista.

1. Repaso de las tres primeras causas del tedio y sus remedios.

Hagamos un rápido repaso de las tres primeras causas y de sus correspondientes remedios, que es donde nos quedamos el último día.

1. *Tener que abajarnos desde el estado alto de nuestro conocimiento de Dios a la ignorancia de los que empiezan, sobre todo ante un oyente un poco torpe, que no entiende nada.*

¿Cuál es el remedio?

El remedio es considerar la condescendencia de Dios con nosotros mismos. Comprender cómo Dios, movido por el amor, se ha abajado a nosotros para elevarnos con él, nos ayudará a amar a los que Dios nos da en custodia y así nos abajaremos con alegría hasta ellos para elevarlos con nosotros hasta el conocimiento del amor de Dios.

Este abajarse a hombres ignorantes de las cosas divinas será dulce si está guiado por el amor, como le es dulce a la madre adaptarse a las pequeñas necesidades de su hijito.

Más aún, la caridad, cuanto más obsequiosamente se rebaja hasta las cosas más humildes, tanto más vigorosamente y alegre se eleva hasta las cosas más altas.

2. *Que el catequista tenga miedo de hablar y prefiera leer lo que ha sido dicho mejor que hacer el esfuerzo de improvisar palabras aceptables a la comprensión de los demás, con la duda de si serán necesarias para la comprensión o si serán entendidas adecuadamente.*

San Agustín hacía varias indicaciones ante la posibilidad de introducir un error en nuestra exposición, pero la forma de vencer el miedo al error y con ello la tristeza y el tedio que nos puede agarrotar, ¿cuál era?: **La confianza en Dios.**

Pensemos sobre todo, que es Dios el que guía los corazones y guarda a los suyos del error, cuando son dóciles, de tal forma que a pesar de nuestras torpes palabras, él asegura los pasos de sus amigos.

Y, si aceptamos con alegría que Dios habla por nuestro medio, con todas nuestras capacidades y con todas nuestras limitaciones, rogaremos con más confianza a Dios, para que él nos guíe conforme a su deseo. Descansando en esta confianza, nuestro discurso se verá libre del tedio y será eficaz.

3. *Porque nos molesta volver tantas veces sobre lo ya sabido. Volver a las cosas básicas y mil veces repetidas.*

¿Cómo venceremos el tedio que esto nos provoca?

La respuesta es sencilla: amando a aquellos a los que instruimos. Si los amamos, nos alegraremos con ellos al mostrarles los fundamentos de nuestra fe, las maravillas que el amor de Dios ha obrado por nosotros, y la grandeza de nuestra vocación. Y así disfrutaremos también nosotros de nuevo de aquellas cosas tan repetidas y conocidas, porque **«a través de los lazos del amor, cuanto más vivimos en ellos tanto más nuevas resultan para nosotros las cosas viejas».**

2. Las otras causas del tedio y sus remedios.

Vayamos ya a las otras causas del tedio del catequista y sus remedios.

4. Cuarta causa:

La cuarta causa que puede provocar el tedio y la desazón en el catequista es tener delante un oyente impasible: que no se inmuta ante nada de lo que decimos o que no expresa si comprende o no comprende, si le agrada o no le agrada lo que escucha. Un oyente así, dice san Agustín, produce hastío.

¿Por qué nos provoca hastío un oyente impávido?

Es posible que, si estamos movidos por el afán de una cierta gloria humana, que se nos valore y se reconozca nuestra valía o nuestro esfuerzo, ante la impasibilidad nos desanimemos. Si estamos buscando el aplauso de los hombres, desde luego nos descorazonaremos al no encontrarlo.

Pero, aun cuando estemos libres de estos apetitos más o menos egocéntricos, puede ser también, añade san Agustín, que ante un catequizando impertérrito nos desanimemos **«porque lo que estamos exponiendo son asuntos que se refieren a Dios. Y cuando más amamos a las personas de las que hablamos, tanto más deseamos que a ellas agrade lo que les exponemos para su salvación; y si esto no sucede así, nos disgustamos y durante nuestra exposición perdemos el gusto y nos desanimamos, como si nuestro trabajo resultara inútil»**².

Hasta aquí la descripción de esta posible causa del hastío. Vayamos a su solución:

«Cuando su estado de ánimo permanece oscuro a nuestros ojos, debemos intentar con las palabras todo cuanto pueda servir para despertarlo y, como si dijéramos, para sacarlo de sus escondrijos. Incluso el excesivo temor que le impide expresar su propia opinión debe ser suprimido por una cariñosa exhortación, e insinuándole la participación fraterna debemos desterrar su vergüenza preguntándole si comprende, y se le debe inspirar plena confianza, a fin de que exprese libremente lo que tenga que exponer»³.

De esta forma intentaremos conocer el porqué de su estado: si se debe a la timidez, a que no llega a entender nuestro discurso, o que escucha lo que ya conoce y se aburre. Conociendo la causa de su estado podremos ajustar nuestra exposición a su estado mental.

Pero, si vemos que lo que ocurre es que nuestro oyente es refractario a nuestro discurso y a nuestra delicadeza, que sencillamente es frío e indiferente al anuncio del Evangelio, es mejor no insistir con largos discursos. Digamos todo lo que tengamos que decir con sobriedad: **«Si el oyente es demasiado obtuso, insensible y refractario a esta clase de delicadezas, debemos soportarlo con misericordia [...] Y deberemos decir muchas cosas, pero más a Dios sobre él que a él acerca de Dios»**⁴.

También debemos cuidar que el que nos escucha esté cómodo.

² *Ibid.*, 473-474

³ *Ibid.*, 482

⁴ *Ibid.*, 482

En cuanto nos demos cuenta, por el motivo que sea, que el oyente pierde la atención, debemos decir algo que lo saque de ese estado y vuelva su atención sobre nosotros, sobre todo **«algo que le toque directamente a él, de modo que tocado en su propio interés preste atención, pero que no le ofenda con alguna indelicadeza, sino que se vea conquistado por la familiaridad»**⁵.

5. *Quinta Causa del tedio:*

Otra causa del tedio puede encontrarse en que quizá la catequesis nos haya apartado de otro asunto que nos traíamos entre manos.

Hace san Agustín la siguiente descripción de lo que muchas veces nos ocurre: **«En muchas ocasiones, además, cuando nos vemos interrumpidos en algún trabajo que deseábamos terminar o cuya realización nos agradaba o nos parecía más necesaria, y nos vemos obligados [...] [a tener que instruir a alguien], para lo que hace falta una gran tranquilidad, [nos sentimos] ofendidos o molestos porque no se nos concede disfrutar del orden deseado para nuestras cosas y porque no podemos llegar a todo. Y así la exposición, que nace precisamente de esta tristeza, resulta menos agradable porque brota con menos lozanía de la aridez de nuestra tristeza»**⁶.

San Agustín describe muy bien en pocas palabras esa sensación de agobio cuando a las múltiples tareas que tenemos que atender, a las que ya parece que no llegamos, se siguen sumando una tras otra. Y también esa sensación de fastidio cuando habíamos planeado nuestro tiempo de una determinada forma y, por dar catequesis a alguno que llega nuevo, se nos trastocan los planes.

Ambas cosas, tanto la sensación de agobio, como la sensación de fastidio nos llevan al tedio y a una cierta tristeza. Veamos cómo san Agustín nos aconseja afrontarlas:

«Si te angustias por haber tenido que suspender un trabajo al que estabas dedicado como más necesario, y por eso cumples el oficio de catequista con tristeza y desagrado, debes pensar que —aparte que sabemos nuestra obligación de obrar siempre, al tratar con los hombres, con misericordia y como deber de la más sincera caridad; aparte de esto— no sabemos qué cosa

⁵ *Ibid.*, 483

⁶ *Ibid.*, 474

hacemos más útilmente y qué otra interrumpimos u omitimos de plano con más oportunidad»⁷.

En estas palabras que acabamos de leer aparece, de nuevo, el principio de la caridad. Fuesen cuales fuesen nuestras ocupaciones y nuestros planes, sabemos que el primer deber es tratar a los hombres con la más sincera —no fingida— caridad. Y esta consideración debe ya disponernos a dar con alegría.

Pero además, dice sabiamente, en realidad nosotros no sabemos qué es lo más eficaz y lo más fecundo e importante en nuestra labor, si lo que habíamos previsto o lo que las circunstancias —y con ellas la caridad y la providencia divina— nos impone.

Eso no significa, para Agustín, que debamos andar sin un orden y sin establecer un plan de nuestro tiempo y de cómo invertirlo eficazmente. Muy al contrario, debemos intentar ordenar nuestra vida y nuestra ocupación según la razón que Dios nos da, pero debemos reconocer que nosotros no sabemos muy bien «lo que más conviene». Dice así: **«Debemos ordenar las cosas que hemos de hacer según nuestro criterio. Si logramos realizarlas según el orden que establecimos, no por eso nos alegramos de que las cosas se han hecho según nuestra voluntad, sino según los decretos de Dios. Si, en cambio, sobreviniere alguna necesidad que altere nuestro orden, sometámonos fácilmente, y no nos desanimemos, de modo que el orden que Dios prefirió al nuestro sea también el nuestro. Es más justo, efectivamente, que nosotros sigamos la voluntad de Dios que no Dios siga la nuestra»⁸.**

Por tanto, por mucho que amemos y tengamos en consideración nuestro orden y nuestros propios planes, amemos más y tengamos en mayor consideración el orden y el plan que Dios nos impone con las necesidades de los que se acercan para que les mostremos el camino de la vida. Si amamos más el orden y el plan de Dios, podremos superar con facilidad la primera sensación de agobio o de fastidio que nos ataca cuando nuestro orden y nuestro plan es contrariado.

6. Sexta causa del tedio:

«Sucede algunas veces —dice san Agustín— que el dolor por algún escándalo nos oprime el alma». Por lo que dirá más adelante san Agustín se refiere aquí a ese dolor que se produce en nosotros a causa del pecado: tanto del

⁷ *Ibid.*, 485

⁸ *Ibid.*, 485-486

pecado de otros como de nuestros propios pecados, que nos escandaliza, que provoca en nosotros inquietud, zozobra y desazón. Pues bien, puede suceder, sucede de hecho a menudo, que estando nosotros así sacudidos interiormente por una causa externa a nosotros o por algún error o pecado propio, **«en esa situación, alguien nos dice: “Ven a instruir a éste que quiere hacerse cristiano”.** Los que nos dicen esto desconocen lo que nos atormenta el alma, y como no es oportuno desvelarles nuestro secreto, aceptamos con menos gusto lo que nos piden; y así, sin ninguna duda, nuestro discurso que pasa a través de nuestro corazón dolido y entristecido, ha de resultar lánguido y poco agradable»⁹.

¡Cuántas veces nos vemos así nosotros! Recibimos la noticia o el comentario de lo que ha ocurrido aquí o allá, de algún triste escándalo de hombres de Iglesia, de alguna mala acción que no esperábamos de algún otro cristiano cercano a nosotros, de un hijo, de un amigo... Nos refieren de un superior unas palabras que no logramos entender...

Y también, ¡cuántas veces nos vemos indignos nosotros mismos de tomar la palabra de Dios en nuestros labios al comprobar y sufrir nuestras propias debilidades y nuestros propios pecados!

Vayamos a la solución de este importante escollo que provoca a menudo en nosotros tanta desazón:

«Si nuestra mente, turbada por algún escándalo, no se siente en forma para pronunciar un discurso sereno y agradable, es preciso que la caridad hacia aquellos por los que murió Cristo, queriendo redimirlos con el precio de su sangre de la muerte de los pecados del mundo, sea tan grande que el hecho mismo de comunicarnos a nosotros, que nos sentimos afligidos, que hay alguien deseoso de hacerse cristiano, debe servir de consuelo y solución de aquella nuestra tristeza, como las alegrías de las ganancias suelen aliviar el dolor de las pérdidas. En realidad, el escándalo no debe entristecernos sino cuando creemos o vemos morir al autor del escándalo o cuando por él cae alguno que andaba vacilante. En consecuencia, el que se ha presentado para ser instruido suavizará el dolor por el que cayó con la esperanza de poder progresar en la doctrina»¹⁰.

Es posible que entre nosotros se produzcan escándalos, pero que haya quien pida ser cristiano y nos pida ser instruido en la fe, debe ser motivo de consuelo.

⁹ *Ibid.*, 474

¹⁰ *Ibid.*, 486-487

Pero sigue san Agustín: imaginemos que el número de escándalos es muy grande. Aquí san Agustín se refiere tanto a cristianos que han dejado la Iglesia como a otros que, permaneciendo, no se comportan como hijos verdaderos de la Iglesia. Imaginemos que estos escándalos y separaciones son importantes y numerosas. Se nos puede venir a la cabeza la idea de que enseñamos para nada, que quizá también aquellos que ahora llegan hasta nosotros, mañana abandonarán la Iglesia y la fe, o se comportarán como falsos hijos de la Iglesia. Eso —dice— **«no debe llevarnos al desánimo en nuestra exposición, sino más bien debe estimularnos e incitarnos más y más»**¹¹. Es decir, debe llevarnos a un mayor ahínco, a un mayor esfuerzo, a un mayor tesón en la preparación y en el deseo de transmitir la fe verdadera. Y añade: debemos advertirles: **«Aconsejemos, pues, al que estamos adoctrinando a que se cuide de imitar a los que son cristianos no en la realidad, sino solo de nombre, no sea que, convencido por el gran número de éstos, pretenda alistarse entre ellos o rechazar a Cristo por su causa, y no quiera estar en la Iglesia de Dios donde están aquéllos o intente portarse en ella como se portan aquéllos»**.¹²

Y añade san Agustín una observación aguda:

«No sé cómo, pero en esas circunstancias el discurso, al que el dolor le presta un estímulo, es más ardiente, hasta el punto que no solo no seamos más perezosos, sino que, precisamente por eso, hablemos con más fervor y más vehemencia»¹³. Sin este dolor en el alma nuestro discurso sería más frío, pero espoleado se vuelve más vehemente e incisivo. Aprovechemos así el dolor: no para dejarnos llevar por el desánimo, sino para espolear nuestro deseo de transmitir la fe verdadera y de enseñar la verdadera vida cristiana, no adulterada.

Pero, ¿y si el dolor que experimentamos no proviene de los escándalos de fuera, sino de nuestros propios defectos y errores, incluso de nuestros propios pecados?

Si es nuestro propio error o pecado el que nos aflige, recordemos dos verdades importantes:

- *Primera:* aquellas palabras del salmo: **«Un espíritu contrito es un sacrificio agradable a Dios. Un corazón quebrantado y humillado tú, Señor, no lo desprecias»** (Sal 51,19). Si nuestro corazón se siente así,

¹¹ *Ibid.*, 487

¹² *Ibid.*, 487

¹³ *Ibid.*, 487

quebrantado, a causa de nuestros propios pecados, pensemos que, a pesar de todo, Dios no nos desprecia. Animados por esta verdad, esforcémonos por pagar con nuestro servicio a quien no nos desprecia.

- *Segunda* : Que la caridad borra el pecado. Según aquella afirmación del libro de la Sabiduría: «**Como el agua apaga el fuego, así la limosna extingue el pecado**» (Sb 3,33). Y también aquella otra del profeta Oseas: «**Misericordia quiero, no sacrificio**» (Os 6,6). San Agustín recuerda estas dos citas y recuerda también lo que ya había establecido desde el principio de la obra: que la catequesis es una forma de verdadera caridad, y no una forma más de caridad, sino la forma más alta de caridad, por ser transmisión de la fe, nuestra mayor riqueza, nuestro más valioso tesoro. Por tanto, con la catequesis se nos ofrece la ocasión de la misericordia, el agua para apagar el incendio del pecado en nosotros. Si, dejándonos llevar del desánimo, rechazásemos la instrucción, imitaríamos al siervo perezoso del Evangelio, aquel que escucha: «**Siervo inicu y perezoso, deberías haber dado mi dinero a los prestamistas**» (Mt 25,26s.). Y dice: «**¿Qué locura cometeríamos si, por sentirnos afligidos por nuestro pecado, cayésemos de nuevo en pecado por no dar a quien lo pide y lo desea el tesoro de Dios?**»¹⁴.

Tras considerar estas 6 causas del tedio de los catequistas en la catequesis, san Agustín vuelve a la caridad como a la fuente de donde brota este "oficio" de la catequesis, inherente al carácter materno de la Iglesia. No propone estrategias humanas, sino el camino que va del amor de Dios al amor del prójimo.

«**Una vez disipada la tiniebla de nuestros tedios con pensamientos y consideraciones de este tipo, el espíritu aparece preparado para la catequesis, a fin de que pueda ser inculcado con suavidad lo que brota alegre y gozosamente de la fuente inagotable de la caridad. Y estas cosas no soy yo el que te las dice, sino que es el mismo amor que ha sido difundido en nuestros corazones, por medio del Espíritu Santo, que nos ha sido dado**»¹⁵. Se apoya así san Agustín en las palabras de san Pablo: «**el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado**» (Rm 5,5).

*** **

¹⁴ *Ibid.*, 488

¹⁵ *Ibid.*, 488-489

Con esto hemos llegado al final de nuestro recorrido. La obra de san Agustín no termina aquí. Nosotros tan solo hemos expuesto la primera parte, sin ser exhaustivos del todo. En la segunda parte san Agustín ofrecerá un ejemplo doble de itinerario catequético para los principiantes. Nos hemos centrado en esta primera parte de la obra porque en ella se nos dan las claves prácticas de la espiritualidad del catequista, del espíritu con que debemos y podemos afrontar las grandes dificultades de la catequesis. Así respondíamos a uno de los aspectos que debemos cuidar en nuestra formación: la espiritualidad propia de la catequesis.

La síntesis es lo que tantas veces hemos repetido: la catequesis brota del núcleo mismo de la vida cristiana: el amor de Dios. Del amor con que él nos ha amado, del amor que él ha infundido en nuestras almas y que nos permite vivir su misma vida. Nace de este núcleo y se desarrolla como una expresión de este amor de Dios, amor de Dios por el hombre, al que quiere llegar, al que quiere darse a conocer, al que quiere salvar. Al mismo tiempo, para el catequista su servicio se convierte en la forma más clara de poner en práctica el doble mandato del amor: el del amor a Dios y el del amor al prójimo.

Por eso, porque es expresión del amor de Dios y del amor a Dios, debe ser hecho con alegría, una alegría que debemos pedir a Dios para hacer eficaz nuestra obra.

Sin embargo, el recorrido que hemos hecho por esta primera parte del libro de san Agustín nos ha permitido subrayar otros elementos esenciales en la catequesis. Nos ha permitido entender:

- *El hilo fundamental de la catequesis:* la narración de las maravillas que Dios ha obrado por nuestra salvación, desde la creación hasta el hoy de la Iglesia. Y cómo hay que referir esta historia en su unidad y en su totalidad, mostrando que tiene como centro y culmen la persona de Cristo.
- *El núcleo sintético de toda catequesis:* referir todo lo que narramos al amor de Dios. Mostrar en todo el amor de Dios, para suscitar en el hombre el amor a Dios. Poner frente a frente a Dios y al hombre, a Dios que libre y gratuitamente ha amado al hombre hasta el extremo, y al hombre que es llamado como ser libre por Dios al

amor. San Agustín resumía este principio sintético de la catequesis con estas palabras que quiero recordar: «**Teniendo presente que la caridad debe ser el fin de todo cuanto digas, narra todo lo que tengas que narrar de tal forma que la persona a la que te diriges, al escucharte crea, creyendo espere y esperando ame**»¹⁶.

- *La importancia de tener en cuenta a las personas concretas.* Nos ha enseñado cómo, al hablar y exponer el amor de Dios, debemos considerar a las personas a las que nos dirigimos y adaptarnos a sus capacidades, a su sensibilidad. Es decir, cómo debemos abajarnos a la situación en la que los encontramos para poder elevarlos con nosotros hasta el lugar a donde queremos llevarlos.
- *La importancia de mostrar al hombre la gravedad de lo que ofrecemos.* La obra de Dios que la catequesis narra no es una especie de juego. En ella se ofrece la vida de Dios y, en aceptar o no esa vida, el hombre concreto se juega su propia vida, se juega su destino eterno. Por eso san Agustín nos ha enseñado lo importante que es que nuestra narración de las maravillas de Dios termine: 1) Mostrándoles la esperanza de la vida eterna, que incluye la resurrección de la carne y el juicio de Dios; 2) Previendo a los catecúmenos de los escándalos de fuera y, sobre todo, de los escándalos de dentro; y 3) Advirtiéndoles de que no pongan su confianza en hombre alguno, sino solo en Cristo, el que les justifica, y se empeñen en progresar en su seguimiento

Después de tocar los puntos anteriores, solucionando así todas las cuestiones que le había presentado su amigo Deogracias, san Agustín se centra en lo que él considera más difícil. Cómo conseguir que el catequista haga del ejercicio de su ministerio un verdadero acto de amor cristiano: dar con alegría y generosidad lo mejor que tiene: la fe. Es lo que hemos visto en el encuentro de marzo y en este último.

San Agustín pone al descubierto las causas que juegan en contra de este ejercicio de dar con alegría. Y al hacerlo hace gala de una sagaz observación psicológica, como antes había hecho también al describir la diversidad de los espíritus de los hombres que se acercan a la catequesis. Pero san Agustín no para

¹⁶ *Ibid.*, 460

ahí. Él está convencido de que la eficacia de la transmisión de la fe se juega no en técnicas o tácticas psicológicas, sino en que la catequesis se ejerza como el ejercicio de la verdadera caridad cristiana. Solo ella hace eficaz la catequesis. En el fondo, las indicaciones para superar las causas del tedio del catequista que hemos ido viendo, no son sino indicaciones concretas para anclar el corazón de los catequistas, ante los diversos obstáculos, en el amor de Dios y poder así llevar a cabo su misión.

P. Enrique Santayana C.O.